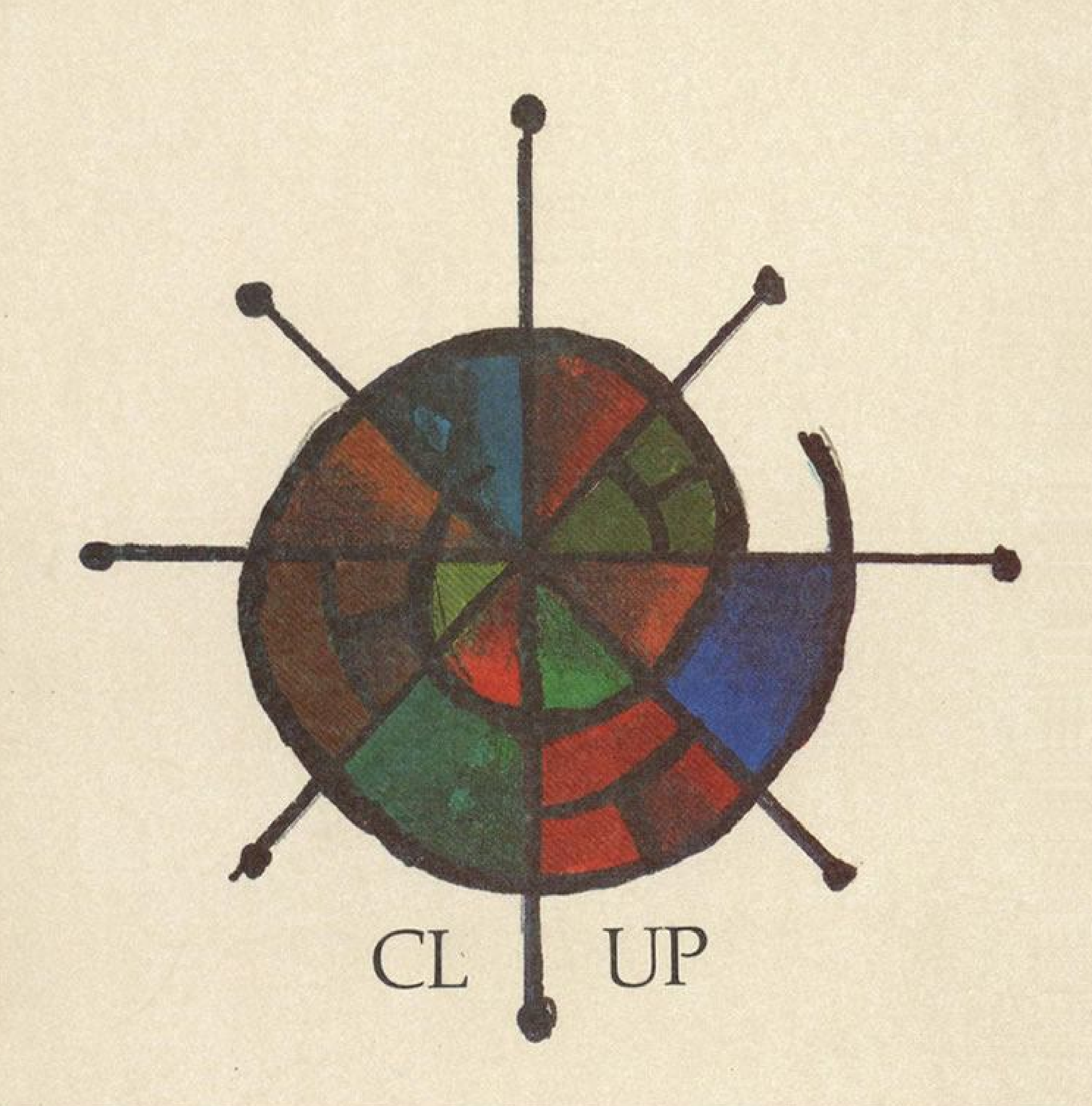
Manuel Ríos Ruiz

JURATORIO



Manuel Ríos Ruiz

Juratorio

(Premio José Hierro 1990)

A Marga y Manolo Romero

LOS MUERTOS IMPOSIBLES

LOS muertos imposibles se reúnen en consejo
y cortejo para hallar alguna vez el camino silente del olvido.
Están cansados de las aclamaciones a mansalva
y de los lauros atesorados, de las efemérides y los museos.
Tanto pábulo les infiere correlativo la sutileza
y una inefable desazón les impide gozar desnudándose
los cielos y los infiernos que les fueron prometidos
para enternecerse en razón de sus débitos y descarríos.
Por eso el Cid tiene todavía la espada ensangrentada en vilo
y un miedo sobrecogedor de volver a la silla y al caballo.
Se relame Séneca contínuamente las venas destroncadas
y sufre porque nunca puede tragarse la saliva cordobán.
Shekespeare —la mano cansada de extraer rosicleres—
escribe y escribe con fango una tragedia inabarcable y diaria.
Los muertos imposibles pierden el resuello
cada vez que los recuerda algún seminarista.
Van de lengua en lengua creciendo en su epopeya
como los cocodrilos llorando por el agua.
A Charles Chaplín cada vez que se proyecta su imagen capicúa
y salteada le lastima en la tarta el chorro de la luz.
Dostoyewsky es un crujido de látigo epilético retumbando
cuando alguien lee *Crimen y castigo* al son de la carcoma.
Con tétrica sacudida, Beethoven escucha soliviantado
los perpetuos arrebatos de sus repujadas sinfonías.
Los muertos imposibles penan su desdicha gloriosa
entre el polvo más polvo de sus tránsitos siderales.
El mundo y sus catervas, por designio insondable,
repite sus nombres con una memoria torrencial y terrible.
Cervantes, despavorido, se ríe de sí mismo en múltiples idiomas
y no pude sorportar la púrpura de tamaña resonancia.
Picasso ya no tiene fuerza en sus ojos marchantes
para pujar al viento mirándose en su espejo.
Y Juana de Arco sigue ardiendo allá en las estrellas
cada vez que una monja se presigna y enciende una vela.
Los muertos imposibles, desde Arturo hasta Marcusse,
se defienden de los vivos abrazándose en tumulto
y el más vivo de todos, llamado Adán en los libros,
inventor de la ceniza y teórico mayor de los cuchillos
estremeciéndose en su muerte suprema de tan bíblica,
pide para los suyos la erosión de la tierra y la sequía del mar.

VIAJE EMPEDERNIDO HACIA EDITH PIAF

A Miguel

LENGUA e imagen es esta voz de nilo
que cruje cuando se enriza
y averigua la música del tigre y de la piedra.
Pero también es sed
si la escuchamos transitar por sus propias venas
esmerilada y desollándose.
Tiene sabor a cal viva
y suena endrina como la pimienta
en su fábula de vívido delirio.
No goza de sueño su eco: es una lezna
para cavidad de quien puede atesorarla
y sumergirse en su propia sucesión.
Acerca a un cuerpo compuesto de conmociones
y de garbeos de paloma mensajera
con la esquela convertida en ascua genital.
Nunca se sabe de dónde salta su infierno
ni de qué sedería del aire se compone su pellizco de cielo.
Es una voz que no puede pensarse
y por eso se nos queda colgada de la atmósfera
salpicándonos, trinándonos.
Envílame los gusanos y las glorias con su sajadura infinita
dejándome la razón trasvolada y peregrina.
Lleva asumida una herencia de reyerta pretérita y lúdica
que parece el primer parto del mundo.
La canción no conoció jamás un precipicio más preclaro
por donde despeñarse y elevar los matices de su frenesí.
Nadie ha cantado desde la yema de la belleza
con tanto suplicio por meteoro y destino.
Quizás era la tierra misma quien decíanos
—con la armonía aprisionándola—
una historia perpetua de encanto y de zozobra.
Cada vez que vuelvo a su universo sonoro,
redondamente encuentro el juramentado pavor de la música
con todas las raíces de su astrología.

AL POETA QUE BUSCO SIEMPRE
EL LUGAR DEL CUERPO PERDIDO

CUANDO evocaba la imagen del amor a la luz pura,
se detenían en el aire los pájaros sobre sus propios trinos.
Y al enseñarle al espíritu de Federico los esquivos mancebos,
para que los viera pasar como amargos zumos de lo inalcanzable,
la tristeza del sauce bajábale de los okos a la garganta.
Tuvo un gran corazón para el cansancio de las cosas,
quizás porque conoció a Mozart a la par que a Mallarmé
y nunca olvidó su parentela con Bécquer.
Se dejó retratar, lánguidamente,
por el divino cotilla Gregorio
—siempre zureando en plan arcángel—,
con tal de que supiéramos que a ratos era incluso complaciente.
Una vez escribió preguntándose, mientras miraba amanecer:
¿Qué puede un hombre contra la locura de todos?
Y buscó otros aires para respirar su suerte.
E1 destino le iba empleando en redactar su apología.
No tuvo nunca la paz que quiso para el poeta futuro
y se sentía huésped oscuro de sus sueños,
viendo el inmenso bostezo de los siglos pasando,
queriendo cantar cuando muere la ilusión.
Poeta viviendo en el jardín de al lado,
dejaba en las violetas sus recuerdos,
incendiando aquel que más le amenazaba
al cabo de los atardeceres agónicos.
No pudo huir del espejismo,
de la imperiosa criatura joven, inmemorial y creciente,
que le enamoró desde la sien con su berbiquí de belleza
y como un fuego de oro explosionado.
Pero sí hizo de su voz su valentía,
confiando en ser alguna vez memoria alucinada.
Con la muerte habló de contino
para llegar a comprenderla y ver películas con ella.
Y ahora, cuando del alma sabe su tamaño,
está vivo en su letra.
Ya en ocio tan dulce tiene
—verdad en milagro—
resplandor de lámpara su palabra agriexcelsa.
¿A quién le legaría la mano de yeso
que encontró en el mar imaginativamente?
Si alguien cree, engreído,

que es la suya, con la que escribe y escribe
siguiendo su eco de muerto imposible,
por favor, escúchenme, apliquen el oído,
decidle que en justicia debe suicidarse,
pues sólo puede haber una quimérica amargura
sobresaliendo del orbe,
la del andaluz transterrado que fue Luis Cernuda,
poesía que surge de la desgarradura plácida
de un yo fuí contra el olvido.

JURAMENTO Y CONJURO
POR LOS CREDOS DE MARILYN

YA no eres más que cine, dicen tus granujas biógrafos.
Pero nadie se conforma con tan cuca referencia de tí.
Cualquier hombre esperaría tu humana resurrección
aunque fueran cortándole un pedazo de carne cada año,
con tal de conocer y paladear tan fausto advenimiento.
Porque cuando se es diosa se vive permanentemente sonriendo
en los atriles que sostienen, vívidos, las partituras sálvicas
que cantan los sonámbulos, para que no tropiecen con la muerte.
Así, tú guías su tránsito por las ventanas vígenes de los sueños
como albriciada hembra entre los cuernos de un toro.
Y porque tu cuerpo era tu túnica, tu vida nunca pudo disfrazarse.
Y aunque te vistieras de espuma, de armiño, de pluma o de tul,
siempre estabas desnuda y al filo de una catarata mitológica.
Eres, aún, la mujer anunciada y jamás.
Todavía se te mira hasta encanecer deseando incendiarte.
Nadie se cree lo que tanto cuentan de tu martirio íntimo.
No. No ha sido posible que te rompieran la agraz inocencia.
Yo te adivino luciendo y revoleando en una prístina seña de la luz,
porque la mujer, tú, sílfide de mi conjuro y juramento,
siempre es inmaculada concepción en su seno y estela
cuando se aspira por ella la angustia deseada de su gloria.
Y si pudiera desenterrarte de forma verdadera y escrita
demostraríale al mundo la hermosura recobrada de su naturaleza.

SEÑAL Y FE DE UN
CONOCIMIENTO INDELEBLE

ALLA por los años cincuenta y últimos del siglo que fenece,
cuando más frecuentaba bibliotecas y tabancos
y me creía un simposio entero debatiéndose,
yendo a la búsqueda audaz y perenne
de algún destino liberador y rutilante,
un tal Simón Latino me presentó en mi casa desde las américas
a quien parecía ser la esencia de un hombre cuajando su pabilo.
Era de Picasso su retrato en rapidez
y yo no había visto antes un perfil tan peñasco y melodía.
Venía en un endeble cuadernillo trasatlántico,
pero tenía voz de sobra para herrarme el pecho.
Le estuve vigilando las palabras todo el invierno
por los rumbos y rincones donde circulaba
o se conmovía la tragirrabia de mi alma al descubierto,
como una angustia más de las que arrastraba sin misericordia.
Luego empecé a verle el jeroglífico de su dinastía
y la riqueza atávica de su pobreza trinitaria.
Y resistíame a su dolor zarandeado
para no multiplicar mi creencia en las odas
a los cuchillos y los avisperos,
en los fuertes golpes de la vida hecha estatua.
Pero repetía y repetía con él, sugestionado:
Hasta cuándo estaremos esperando lo que NO se nos debe…
Y sin embargo, lo intentaba olvidar de repente
para que no me hiriera tanto con su pan al hombro.
Y fue imposible que no me taladrara de sobaco a sobaco
con su telemetría de indio y mártir.
A1 llegar la primavera con sus cales y macedonias
continuó sobre la mesa, abierto como un misal en volandas.
Me acostumbré a su son de nido en entraña:
Permanece —cuerda y timbal—,
no tiene disgregación ni vacío.
Por eso sé en qué pico del ánimo
lo llevo sosteniendo su espíritu
y donde lo encuentro viviendo en su lengua
cada vez que llueve y no tengo el paraguas
de cobijar la tristeza en toda su razón.
Entonces se acerca tiritando y huérfano,
apretando sus poemas con un alicate.
Es cuestión de nombrarlo, de decir el suspiro César Vallejo,
para que se configure un alivio en la enfermedad de Dios.

POEMAS BAJO PALABRAS DE CESARE PAVESE

1

La gran tarea de la vida es justificarse.
ALGUN día tendré que convencer entera y vivamente
a la muerte, dejándole por herencia y dominio infinito
el rastro del eco primigenio
—tan audaz y condolido—
que vengo desperdiciando a tolondrones y mazorcas.
Espero que lo acepte en su quejido y llamerío
y me permita pasar en prosa y verso por su costumbre
de cerrojos y azogues, atravesar su calibre de orza,
para que me pierda hasta los zancajos en el légamo del tiempo.
Todas mis horas se irán juntando, hormiga tras hormiga,
delante de su paciencia clamorosa y hélade
lo mismo que las monedas en la mano de un tesorero.
Ojalá tenga los suficientes méritos y capítulos
para merecer los honores de su voladura y ancla.
Habré entonces certificado mi fugaz estadía en los senos del aire.

2

Pasar tiempo en silencio rejuvenece a individuos y pueblos.
TODO lo he dicho callado, por eso no se ha enterado nadie.
La palabra escrita tiene la virtud de no enturbiar el silencio.
Y cuando suena al cabo de los siglos
—milagro del legajo—
vibra en humano mocerio, salpica su trifulca, se confirma,
si fue creada con la humildad más pura y límite
que pueda imaginarse la voluntad, el destino y la plegaria.

3

Se aspira a tener un trabajo para tener derecho a descansar.
HE levantado tanto el alma
que ahora ya puedo reclinar el cuerpo.

4

La ofensa más atroz que se puede inferir a un hombre es negarle que sufra.
HAN querido arrasar el dolor levitado de mis relámpagos.
Y restañarme la herida del sino con frases lapidarias.
No he consentido, por atavismo, tamaño asesinato.
Vivo enamorado de la alegría porque es la flor de los misereres.

5

Una vez salvada la libertad, los liberales no saben que hacer con ella.
AHI está el cartel, delante del gentío: anuncia el corazón.
Es demasiada bondad, señal y salud su titilación específica
y el hombre no puede en sus desazones entender que es feliz.

PROCLAMA Y ENCOMIO DE LA
UNICA REALIDAD O DISCURSO
PRONUNCIADO POR EL SINO
PARA ACOMPAÑAR EL TRANSITO
DE FEDERICO GARCIA LORCA

DEJA ahí el corazón,
entre los matojos y las luciérnagas.
Ya se derretirá en su propia sangre,
porque el cuerpo es solamente la fatiga,
un metal que no puede mantenerse en flor
desde cuando aparece y hasta que explosiona.
Olvídate de él. No eras tú, era tu esfinge, nunca tu sustancia,
ni siquiera tu ceniza será por mucho que la nombren.
Tráete tan sólo el aliento desprendido de la voz,
basta con su función para llegar al último espejo del mundo.
E1 aliento se culmina en el espacio de lo paráclito,
allí revelará tu presentida infinitud.
Y sabrás lo que es ver poniéndole luz
a cuanto jamás te poseyó, al abandono penitente
de un olvido temerario que no estuvo en tu sentir.
Te espera la realidad del crisol dívico,
toda la esperanza intuida en su calibre verdadero,
cuanto toda voz y toda vida no te aclaró la palabra.
Tiene forma de espuma sin estar en el agua.
Es un sonido antes de empezar,
realidad impalpable, pura fe.
La mirarás emergiendo sin representarse

y la adivinarás haciéndose misterio.
Vamos hacia la justeza esparcida.
No creas que es una estrella, no.
Cada estrella, cada río, cerro, lirio, quincalla, disparo,
bulto o sueño, es una visión que termina en sí misma debatiéndose.
Pero la realidad que te anuncio y englorio
no tiene tripa ni silueta en su plenitud inabarcable.
Es toda pensamiento emocionado, venida y fuga y llegada paseándose.
Desde ella aprenderás que la tierra es un lecho de nadie
y por eso has perdido el esqueleto que ya no te sirve.
Es el aliento quien te justifica y prevalece.
Tu aliento eres al ser memoria para los restos, errante y retentiva.
Mas no esperes algo de Dios aunque todo te lo diera:
su lado y su combustión,
porque el sitio es tan grande y la realidad tan intensa,
tan deslindado su horizonte,
que suspirarás por ella sublimado,
alentando como un vino y asumido por tu verbo,
salvado de ti mismo y enternecido para Él.
Y todo lo que has dejado en un charco de sangre hirviendo
se convertirá en leyenda y en cruz,
pues la tierra no tiene otra resonancia.
Allá, a donde vuelas, no alcanza su raza la fantasía.
Allí no puede establecerse ni la divagación ni la duda,
pues no tiene poros la realidad en su niebla entretejida y límpida.
No, no se descuida un instante su columpio dislocado,
la rabilarga crujçia de lo real.
ni parpadea en su descalzo presente, ni se difumina.
Tendrás por imagen a tu íntimo hálito alígero
y de la altimetría de un amanecer
percibirás los capítulos y reinos de tu nueva odisea.
Aquí —absórbete que este es tu paraninfo y estremecimiento—
te sentirás inmaculado, serás tu propio público.
Y nadie, ni ninguna magia, podrá dibujarte el sexo o la cara,
porque sólo tú, aliento de tu aliento,
dilucidarás tu enigma sin que se entere ningún satanás.

REMENBRANZA DE UN SEMIDIOS
Y SU CONSUMACION EN LOS SIGLOS

AMABA lo unitivo de los árboles
y los recodos careados de los ríos.
Inusitado iba en sus ditirambos
como héroe sin bandera, tatuajes ni dalmática.
Tenía la piel acercándose a la oliva
y la sombra en plenitud sobre la escarcha.
En su pecho y anticipo de conciencia
anidaban dolores heredados
que aún no habían pronunciado su palabra.
Era, él solo, su súbita ambrosía rutilante
fijándole la fisonomía a mares y peñas, a visos, vegas y laderas.
Quizás fueron los pájaros —candeales y pintipuestos—
quienes le señalaron su destino y pervivencia
en los entresijos del sentimiento indeleble
que este escrito presiente y evoca.
Un cruce de caminos le esperaba detrás de cada rama
igual que una cruz naciendo de la tierra ensolecida.
Y la brisa, con sus triquiñuelas específicas,
ornábale la cabeza, el friso de sus ideales en gracia y lid.
Alguna vez, efebo en rayo,
se detuvo para amar a una tanagra de mujer
entre los lirios y las ortigas.
Después mantenía su holganza hasta las estrellas
para que el cielo conociera la pujanza de su cuerpo.
Solamente temía a los murciélagos
porque le transponían la vista que arrastraba en los crepúsculos.
Estuvo viviendo de equinocio en equinocio,
saltamonteándo y coronándose de soñadas aventuras,
para salvarse de sus propios pensamientos,
los que le llevaban al mundo de los sabios y sus letanías.
Su mirada se deslumbró con las milésimas
de sus descubrimientos irrepetibles,
como si tuviera colgado de los ojos
un relámpago sumergido en el agua.
Supo del trayecto también de la amargura
y hasta lloró durante un amanecer lleno de nacimientos
por su estética y por su lógica,
mientras sostenía con la voz la antología de su estirpe.
Y ya, cuando era todo mundo y carne pasando purgatorio,
con la primera cana en el flequillo y tocándole el corazón,

no quiso rendir su espíritu
a la muerte que acercaba su ceniza avariciosa,
la maldecía cantando hasta despertar a los dioses.
Esto sucedió a la hora de los silencios más aljibes,
una madrugada de aullidos y relinchos:
desnudándose de alegría y miedo, igual que un toque de trompeta,
se fundió indolente con una escarlata semillama
en la cuneta más vellocino de Turdetania.

BENGALA Y SAHUMERIO POR JOSE MARIA DE COSSIO

JOSELITO, Lorca, Samitier, Alberti, Ortega, Villalón, Miguel, Gerardo, Dámas
hombres, nombres o ambrosías que sonaban más míticos que nunca dichos fervorosamen
constantemente nombrándolos: los evocaba Cossío y aparecía un halo entre el humo d
tabaco, cobraban legítima consistencia de dioses y de genios con la emoción incontenible
tan cálido amigo y venerador, sentíase, de verdad, que una manga de niebla cruzaba
repente los raros predios de sus ojos enredados, su semblante de pícaro párroco, su cabeza
ex-alcalde de Tudanca, su rostro de col, su risa feliz cual un chirrido de rabel desafinad
temblaba entre sus dedos el puro incombustible, le crecía sonoro y romancero el corazó
enseñaba los títulos que le escribieron los rapsodas de La Barraca y los mágicos manuscrit
de Federico y Rafael amorosamente se abrían hechos girasoles al mostrarlos, oh pintad
maravillas de versos retratados, inefables letras o dibujos removiéndonos la sangre, cuán
gloria a la vista y al tacto podía presentarnos, eran su aladino tesoro, sus códices-diamant
lo que más quería y gustábale compartir, alentaba con ellos vocaciones y entusiasmo
arreaba el cantar, infundía el sinvivir de la poesía, oficiaba ensoñación y sorprendía con
insólita anécdota o con la viveza cierta de la cita bien memoriada, siempre con su lúci
hidalguía remota y castellana, o con sus anchos y sanchos saberes granjeados de rondar
corro de la vida insistentemente, los libros y las palabras, para estar por encima de clases y
honores con su señorío de la sencillez, con su figura de tertulia y de tendido, abierto en ca
a cualquier son de la cultura y de la euforia saludable y popular, a la tradición de los gest
españoles y sus costumbres lapidarias, a sus tópicos comunales por empedernido liber
yendo y viniendo de la plaza de toros al ateneo, del estadio a la academia, de la peña
autógrafo cancionero, del ciento de la calle a su último reducto de ilusión, así era y así ve
esclarecía, por eso le escuché devotamente en cuanto le conocí y un día—qué suerte q
tuve—le habló de mí en parabién a la gente, pero después subió a su casona de la montaña
su más íntimo sitio para el alma y el pasar y dicen que ha muerto y que anda por ahí, invi
ble y sentido a la vez, recitando el poema a Platko, oso rubio de Hungría, con su voz
salmodia y su visaje de esteta.

BILLETE PARA ASOMARSE AL MUNDO DE FRANCISCO HERNANDEZ

LAZADA o nudo,
oh brinco de la donosura,
la forma, piedra
y sueño, es masa y flor, cactus bajo palio
y todo lo yergue desde la tierra, de ahí que sea imán
y entelequia su arte, suspiro hacia dentro que se ventea,
temblor de pájaro en reclamo,
neobrisa con los siglos del pasar y el venir,
de cuanto ocurrió desde lo inédito.
Dibuja y sostiene
la hebra de hilo del encanto a través del pulso,
desde el equilibrio en rueca de las venas, sus rasgos
—mirad— son eclosiones de la pasión que acunan el aire,
los capullos, las antenas, los caireles, las liturgias,
los resortes de la vida, las candelas, las heridas, las eneidas,
las endechas, los henares, las imágenes de la música,
los amagos de la muerte, las reliquias de los astros,
las morfologías, los inventos de la delicadeza.
Francisco Hernández apunta el trueno, el cíclope,
el tamo, la gargantilla de los terciopelos, el escorpión
en su escalera invisible, el regocijo inexplicable de lo coronario
endilgando deidad, reanimando los seráficos dones del mundo
que aperpleja y enriqucce.
Debe llevar un pregaña de sal
en la suela del zapato y el mapa del misterio
tatuado en la frente.
Y quizás en su córnea aliente
el céfiro de lo lírico.
Mirad y persignarse:
ha dibujado la célula y el alma de quien aspira la celinda.
Y en este margen el quirie y el quiriquiquí
del pleno enamorado.
En aquel trozo de cartulina encendida
ha dejado escrito la doma, la fragua, el vértigo y la caricia
de un caballo que galopa por los senderos siderales.
Preguntaros dónde, en que edad de olivo o de pétalo
le regalaron el lápiz para la rosa en esa volátil
línea del hallazgo en lo perdido,

que es como una sinalefa vibradora que acapara los espacios
finalizando su universo al tiempo de empezar.
Francisco Hernández adivina y bendice lo que ha visto,
nos lega cuanto ha sentido y se sucede a compases de abanico,
por eso emerge las tinajas rotas que nunca mueren,
que son raíces de cuerpos y paisajes, eternas sementeras
de la historia.
Y bajo mediterráneo de mente y de pupila,
lleva al papel el completo y el detalle,
que tanto vale el dedo como el dedal,
el corte o la tijera, el tallo que el jazmín,
si el arte lo precisa y la verdad se desnuda,
abraza, sobrecoge y manda.

CARACOL REQUIEM

A José Blas Vega

ERA el bato,
el cadí,
el manijero del flamenco.
Siempre tuvo el poder hechicero
de los jondos melismas,
un dolor fumigado en la garganta.
Despabilaba
a la gente de todas las latitudes
con su eco lejanísimo.
Supo lla-gar y lla-gar cantando al alba
de todos los hemisferios
y auroras boreales, quejarse
en nombre de su raza
desde la hidalguía de su apostura.
Disfrutaba de ser artista y hombre entero
en facha y espíritu.
E1 cante era él y era una bomba.
Se sacaba del cuerpo pellas y cencerros,
pases de muleta,
el mar crujiendo a tiras,
la sangre morá.
Era un triángulo al revés:
el cuerpo de David sosteniendo la cabeza de Goliat,
la voz de Moisés convirtiéndo

en siguiriyas los decálogos.
Siempre estoico y grave
como un emperador decimoquinto,
un buda impartiendo bendición
o rajando contra ésto y aquéllo.
Pirádime cantaora,
desierto con rosas:
Caracol.
Nació de entraña gitana,
puro en su ralea cual los arcángeles.
Y santo y diablo fue.
Voz de su enseña.
Trueno.
Orgía de la música del alma.
Derruida y esencial la idiosincracia.
Anduvo por el mundo agarrado a los romances,
ofreciendo las historias atribuladas del fandango,
los ojos sumisos de la soleá condolida,
la vibración ondulada de la zambra,
los escorzos rítmicos de la bulería…
Frondoso drago amigo del rocío.
Catador devoto de la magia del buen vino.
Y nunca tuvo edad su copla, ni lindes
su libertad expresiva.
Rompía sus propias torres,
tragándose y repicando sus campanas.
Entronó su garlochí pechisacao
como gallo de su propio rumbo
en el ruedo de la vida,
envuelto en musarañas y cometas
lo mismo que un torero en la puerta de cuadrillas.
Murió de muerte de su tiempo:
mal corte de baraja
el de un denegado día,
un golpe de la velocidad y la sorpresa
que dejó para los restos
esperando suicidadas a las falsetas,
al trompicado galope de su música.
Caracol,
su nombre cartelero y manuel
quedará en vilo,
en viento,
en púrpura,

sobre la gritada tierra
de la memoria y de los laureles,
en el libro calenturiento de la fama
y en el aliento de cuantos lastimó, viril,
con su quejío.

HISTORIA DE ROALABOTA

DESDE Roalabota, dehesas y eriales que ahora despiertan al cultivo Medina Sidonia es un remontado punto cardinal que empuja ventoleras.

Y costado Jerez, camino de los majuelos tras sus torres.

A1 sur, la bahía, eterno horizonte después del Guadalete seguido y seguido hasta la celeste claridad del confín.

Era entonces Roalabota lar y paridero táurico,
el carrao de los encampanados villamartas, negros como una piconá entre cardos y espulgabueys, gamones y tollos, sisones, liebres y perdices, sinuosos de cornamentas y morrillos, toros esperando maestranzas junto a la manga del toril, lindando con La Cartuja mística y monumental.

Erase invierno bacabajo, año cuarenta y cinco u once de mi infancia.

Un cartel fue pregonado de boca en boca, a voces por los cerros y a los zagales del pago nos llegó un nombre al entrecejo: ole, a la tienta de aquel día venia el famoso Manolete.

La casera del cortijo barrió el patio con su escoba de ramas y varetas, sacó de la alacena los lebrillos, los dornillos y los jarros, cambió el agua de los cántaros y de los búcaros, dejó en el poyete la garrafa grande con el vino, encendió la candela bajo la trébede, puso el guiso, la hirviente caldereta aliñá con laureles y orégano.

Llegaron señoritos peras en sus fords, novilleros de la comarca en bicicletas y tartanas, una caterva vocinglera de maletillas y gitanos cantaores.

E1 señor marqués saludaba con su sombrero cañero y con su abrazo a los invitados distingíos...

Preparaba el picaor la cimbreante garrocha y

aparejaba al sumiso caballo apretando la cincha y enhebillando los estribos.

Las utreras apartadas reburdeaban alucinadas en los chiqueros, rebricando, presintiendo una mala andancia.

A las cuatro de la tarde el balconcillo de la corraleta estaba lleno y encaramados en los petriles rebullían los chaveas con sus remendados capotes y sus franelas zurcías.

Abajo, al filo del burlaero, el mayoral apuntaba en su vieja y negra libreta de hule: Campanera, Zocata, Lucerito, Malvasía, Bocifuega, Reolina, Botinera, Encañá, Ventosilla, Velazqueña, hijas de fulano y de mengana, becerras en probanza de bravura.

Y apareció Manolete.

Bajo la visera de la gorra de patagallo, nos impuso el silencio la tristeza senequista de sus ojos, su porte con los zajones.

Principió la faena, comenzó el tentadero.

Llevó a la primera vaquilla al castigo por tres veces, la vio clara y pidió la muleta, centró la plaza de Roalabota, encelola y le corrió la mano zurda en siete viajes, la revolvió aluego ligando por de pecho, cambió de terreno y citó con la voz: jé, bonita, sin adelantar el engaño una cuarta del cuadril.

Jugaba a torear hierático como un jinco o como un mástil, serio como la hambre.

Maestro, déjeme usté un pase, le rogó Juanillo

López, moreno de Trebujena, pendiente sobre la tapia con toda su ilusión.

Manolete levantó la vista, lo miró fijo, plegó la pañosa y díjole: anda, baja, pero no la ajogues.

Dos años más después, cuando agosto era todo espina y cuajarón de seca alcachofa caliente, una primanoche, iluminó a aquellos campos de

Roalabota el resplandor de la explosión catástrofe de Cádiz, un toro mató a Manolete y mi amigo Juan López murió tuberculoso en su jergón, soñando y delirando con la gloria de tomar la alternativa una tarde de sol como el maíz.

INVOCACION ESCARLATA

A José Luque y Felipe Mellizo

CREO que nació ya desencajado de haberes y patrimonios,
para defender la resaca de la calamidad.
Por sus hemisferios natalicios
el amor se le transformó en afrenta de repente,
dejándole sin cobijo y campanada.
Vino de América creyendo que por estos pagos
todo era sutileza de Garcilaso
y nobleza de nardo renaciendo.
Interrogaba a los siglos y sus testimonios
aventurándose por estas calles alborotadas
más perdido que una aguja en un pajar,
dándole la mano a su hijo el guri
y enseñándole a camballadas
que un hombre nunca sabe dónde está
la última clavija de su cuerpo
ni la clave en sol de su ánima definitiva.
Clamó a su manera inventando asesinaciones de si mismo
para declarar cuanto entendía del sufrimiento y sus imanes,
y sembraba, en ellas, sus sueños de Goya deambulando por el metro
en cualquier papel
y enganchaba
a su imaginación los cantes de al-andalus
como batacazos de la historia y la emoción.
Siempre lo miré bien adentro
descubriéndole todas las puñaladas que resistía:
era un vivo y vívido llaguerío.
Sentíase poeta tanto,
que había perdido el rumbo de los astros
para no llegar nunca a ninguno de ellos
y poder evaporarse.
Y en su fatalismo serpentino,
entre mitín y soliviantо,
todavía era capaz de azuzar a su matria azul

evocándola desde Vallecas,
como el más condolido adalid
de su patulea descarriada.
Escribía matándose no sé cuándo ni cómo,
con qué tinto y tinta
en su hambre de concepción.
Por eso le tuve fe
sabiéndolo condenado en su cantinela escogida:
quería salvar los cachorros del jazmín.
Y otra vez en el epicentro de su huída,
¿Buenos Aires de quién?,
empedernido de su propia catarsis,
escribió su última página necrológica
porque no se asustaba de nada ni de nadie ni de él.
Era pura ascua la discordia en bondad y grito
de mi amigo Julio Huasi,
insólito sujeto
y fiel contrincante del escarmiento de la vida
hasta la última palabra que quiso pronunciar
antes de inmolarse en su lar de nacimiento y desengaño.

RETAHILA PARA CELEBRAR LA OBRA DE JOAN MIRO

A
Juan Perucho

A Joan Miró le creció una nunca vista parábola en la paleta de sus pimientas y con ella se puso a pintar la desconchada pared del mundo, utilizando el alerío y las sustancias de los aconteceres imprevistos:

Una seña, un tropel, el comité de los guiños, un salto vorágine de tarántula, la cola invisible de la rana, el cucurucho de los sueños desatendidos y volátiles, las castañuelas de las serpentinas, el álgebra del sol, el río revuelto de las virutas, la carne del aire suscinta y retecoloreada, la migaja musa y masa del sonido, todas las carreras de las liebres y los corazones pin pan pun de los martillos, los sustos que dan los candelabros a las paredes, almácigas y bolindres de tierra bien bailarina, veneros repentinos de gracia príncipe, pálpitos de la retina, esquirlas tiernas de los paraísos de las luminarias de la imaginación, el tránsito de las pelusas que se asoman a las ventanas, muchas reolinas desbaratándose en sus propios periquetes empedernidos, calambres y calambres de las estrellas de todo mediodía, la caricatura de la libélula en plan disparate, cuanto brinco y fanal lleva un color embarazado...

Ay, qué luz, qué abracadabra pintarrey y qué saludable manicomio que cautiva y ensarta y sorprende, diablura del ángel que nos enseñó como gran pilongo que era y padre, por novo y primitivo, dueño y señor del garabato mayúsculo de la verdad.

NOVA EXALTACION DE ANDALUCIA

PERDURAN y relumbran como crines orígenes y pósitos, alcandoras, las arenas calcinadas, los epitalamios y las sabidurías del espíritu tartésico, romanos aretes, la piedra de Itálica cuajada en sentencia, cofre o capitel, la sinuosa y griega greca tatuada en el aire, los idílicos palacios califatos con sus verjeles de arrayanes y de luces, los nimbados surtidores y los miramelindos, la lúcida casta de Séneca, la mágica música cordobesa del maestro Zyryab, todo el invocado influjo de la Atlántida pistilo y vientre, infusa intuición, rapsodia en las entrañas, faz la fenicia y grácil donosura en el decir, el alma gacela y garbosa de Telhetussa, odalisca y candela entre las salineras espumas, la zarza estremecida, la adelfa sumisa, la majestad crucificada del olivo, viñas del candor y del cantar, caña, panocha, mazorca y agosto del maíz, el crujir de su follata, ánsares, alondras, zorzales, pichones, jilgueros, cautivos ruiseñores de Almotamid, los endrinos ojos de Wallada cual repetida casida en nun, su quiebro de cintura, heredadas mejillas de mi hija, su moreno rosicler, la agreste cordillera leontina desde Cerro Muriano, el parto hermoso y capital y bendito de Cazorla, Betis milagroso, sereno y mayoral, el Darro y el Genil, sus vegas y serranías, horquetas de la higuera, los malacitanos montes verdiales, labranzas llanas de Utrera, lebrijana cantarería, alfajores de Sidonia, dulcerío de Estepa, Castilleja y Cantillana, peces albiazules de Gibralfaro, mojarras de La Isla, acedías lustrosas sanluqueñas, el Coto de Doñana con sus avutardas y cilibrís, marismañerío de la fábula villaloniana, el caballo careto sin jáquima ni atajarres, los repechos de Mijas, retumbos de Aracena despeñados en los mares, las erías de la liebre ruana y rauda, el alzado atril del toro en la dehesa y su ámbito, playerío del ostión, los arriatas del patio, el jazminero del corral, los hirsutos bieldos de las eras, la loma sembrada a mano de trigo y avena, el perejil, la más añeja y recóndita bodega santuario de Xerez, el gesto del buitre avizor sobre la peña verdevejiga e insólita de Arcos, la bahía paraíso y celestial desde Puerta de Tierra a Punta Candor, prístinas madreselvas de Heliópolis, aromas del sí, el predio tarareado y llano de la Triana mirando su esplendor hacia los Alcores, el tajo de Ronda, abismo y sándalo inspirando las guitarras, machienbrada historia de una finca remontada a la Giralda, bruñida y seráfica en la Alcazaba, savia creciendo todavía en los muros de la Rábida, zumo de lírica y rito en los íntimos jardines de las vírgenes, hecha barrosutileza en Fajalauza, profundo mineral en Río Tinto y en Linares, oh regato del poleo renaciendo aún en Medina Azhara y en Las Mesas de Asta, en las cuevas lagrimales de Nerja, en las altas y dormidas nieves del Pico Muley Hacén, novia esperando enamorada y limpia en su cierropezón de Gibraltar... Andalucía garganta de la realidad y el deseo, copla peregrina, salobreña en su temblor, cetro su salud de alaridos de hércules y dragos, fístulas y heridas al viento, remota y dolorosa calidez o corola,

armoniosa garrafa de mi sangre tanta tierra de secano, tanto cirio, las pinzonas banderas de su marinería, mi diván del Tamarit, el cairel y el remiendo, la ley estética y valiente del Hillo marchoso y torero, la mística de Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, la artística ventura de Velázquez, las hazañas y naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, la voz tradición y arriera de Tío Luis el de la Juliana, la humilde figura y naturaleza de mi abuelo Cristóbal Ruiz Enrique asentando paja en los almijares de Villamartín, vareando aceitunas de jaspe en Montellano, segando pan en Trebujena, todo el sueño que padecí y gocé a cielo abierto por albinas, palmares y canteras lo llevó aquí, en el coraje del alcaucil que aflora y llaman corazón, se anega de saberlo, vibra, luce, enciende su carburo, esperanza saltando su clamor, el linaje cuchichí, el fatalismo empírico, la plegaria de los adelfos espejos y retratos, cuánto trabajo y cuánto arte sin maravedí, estruendo en pie de la conciencia, la verdad y otras dudas, carne sumergida en salmuera que crepita su resurrección, ubre ubérrima que revienta sus calostros, conseja y triduo del alba de la madre, nunca fue Andalucía más fuente y silo, más desvelo, ni nunca tuvo más siglos y cuerpos y quehaceres, ni mejor maestranza sus hombres de hoy, nacieron ya los futuros amadores, miradlos arrancar, los pericones nuevos para las yuntas y las ruedas del acontecer, oh generación de la libertad que levanta raíces hasta los astros y sus hábitos montando en pelo la palabra sobre la experiencia de las hecatombes, integrales e intrépidos dueños de sus gritos y pensares, salvados, ungidos frutos de antañas comarcas, tienen la razón de lo divino y de lo humano, el fervor y la ilusión de una raza convulsa alentándoles en la gesta, el poso de su comunal odisea, la rotunda e imperativa certeza de ser y de estar y si el tiempo nos ha legado desencanto y noble condición y cada minarete es un pulso, un suspiro cada calle empinada en su sigilo, un afán cada río y quejigo, festejemos, proclamemos nuestra fe en el yunque y en el horno de la cal, en cada lomo de acelgas, arboleda y hoyo, en los navazos por labrar, posibles reinos lémures del esfuerzo y la alegría: que nazca un libro, un zagal, un taller, un alquez de aceite a cada instante, una nítida copa de vino que nos alumbre las azaduras y la sien, se colmarán calderas y lebrillos y alcancías, será por fin, así, Andalucía, además de honda y ancha y preclara, además del lugar más legendario de occidente, las fanegas de tierra donde se cristalice la gloria de sentir y de respirar.

EGLOGA DEL ROCIO

NO es nada el rocío, fijaros. No tocarlo.
Hay que dejarlo estar en su sabiduría.
Ahí, en la mata, no se pierde su lectura,
aunque no exista pañuelo que lo anide
ni tacto que pueda desentrañar su hálito,
ni volumen librado que lo describa
y nos lo arrime al paladar.
Nace con la aurora, como tantos niños.
Muere con el sol, como tantos hombres.
Y es bonito verlo, conocer que vive una locura.

Tiene un color imposible que asombra,
que da escalofrío de pensarlo, de acercarlo al corazón,
de saberlo así, tan frágil, tan breve,
tan repetido ante nuestra negrura,
esperando sumiso que pisemos su aureola.

EPITAFIO GENERAL

NADIE murió todavía:
todo aquel que se muere
en la tierra siembra vida.

Y quien muere ya lo sabe,
ya sabe lo que es sentir
y cuanto la vida vale.

Este muerto que aquí vive
no se ha muerto para nada:
ha muerto con la esperanza
de que la muerte se acaba.